

# EXALTACION DE LA TIERRA BAJA \*

por

MIGUEL SANCHO IZQUIERDO

**G**RAN honor el que se me ha dispensado al invitarme a hablar en este solemne acto y que yo agradezco en el alma, bien que comprenda que influyeron en ello razones objetivas, un poco al margen de merecimientos personales. Es una, el ser yo consejero de la Institución "Fernando el Católico", en representación de la Universidad, y del Instituto de Estudios Turolenses como tierra-bajino. Puede ser otra el haber repartido mi vida entera entre las tres provincias aragonesas, fuera de cuyos límites no quise nunca tener mi casa. Es posible que de estas dos razones objetivas deduzcáis otra, ya subjetiva, viendo en mi amor a mi tierra la razón de lo que antecede. Pues bien, esta razón yo la admito, porque no me gustan falsas modestias y en este punto del amor a Aragón y, dentro de él, a la Tierra Baja, no cedo a nadie mi puesto de primera fila.

¡Mi Tierra Baja! La de la jota reposada y tierna; reto en el gesto, dulce en sus cadencias. ¡Mi Tierra Baja! ¡Mi Tierra de Teruel! Esta provincia cuyo aragonesismo es tan fuerte que él ha servido de crisol y fuego a un tiempo para fundir todas las diversidades que la geografía y, de la mano de ella, la economía y, como consecuencia de ambas, el género de vida pudieran haber creado dentro de la provincia.

Desde las alturas de San Just, desciende suavemente esta mi Tierra Baja hasta las márgenes del Ebro, al que envía sus aguas por los ríos Aguas Vivas, Martín, Guadalope y Matarraña. Pero llega hasta allí llevando en sus auras los aromas de las huertas que

---

• Discurso pronunciado en el Teatro de Alcañiz con motivo de la celebración del II Día de Aragón el día 20 de septiembre de 1964.

fecundaron las aguas de estos ríos antes de enviar sus sobrantes al Ebro y al mar.

Por el otro lado, se asoma Teruel, a través de los montes de Albarracín —alturas de Tramacastilla, Orihuela y Bronchales— a las llanuras castellanas. Balcón de Castillla. ¡Pero es Aragón el que se asoma!

Y en fin, por otra de las vertientes, como atraído el gris de sus altiplanicies por el azul del cielo y el azul del mar, descende nuestra provincia en grandes escalones, como a grandes zancadas, hacia Levante. Pero no haya temor a que esa vecindad pueda influirle. Será al revés; será Teruel el que influirá, por la reciedumbre de sus gentes, en algunos aspectos y empresas de la vida económica de Valencia.

Yo he querido decir esto antes de concretarme a hablar del Bajo Aragón, pues reconociendo la antes aludida variedad de comarcas que constituyen nuestra provincia y con el natural amor a esta en la que nos encontramos y en la que me cupo la suerte de nacer, yo he sentido siempre, por encima de ella, a mi provincia y en último término, integrado por sus tres provincias, al antiguo Reino de Aragón.

En este punto, tenemos los aragoneses un privilegio nacido —por propio merecimiento— de nuestra manera de ser y de actuar en esta materias. Alguna vez han aludido a él, hablando conmigo, vascos y catalanes. Porque es tan probado el amor de los aragoneses a España y ha sido siempre tan desprendida, tan desinteresada —a veces, incluso tan sacrificada— nuestra aportación a las empresas patrias, que podemos hablar de regionalismo y aún ruralismo, y de aragonesismo, sin suscitar recelos. Porque todos sabemos que al tratar de alzar en alto a nuestra tierra, nuestro pensamiento no se aparta de la madre común; que decir “Aragón en alto” es como decir “Arriba España”.

Y como al pensar en Teruel, pensamos en Aragón, y al pensar en Aragón, pensamos en España, al pensar yo en “mi” Calanda y en Torrelilla, que por ser el pueblo de mi mujer llamo también “mía”, pienso en toda la Tierra Baja.

Es muy difícil hacer un canto a la misma que no se esfume en vagos lirismos o no se haga pedestre e incluso —si no se tiene cuidado— insoportable, si comenzamos a hablar en plan erudito —aunque sea una erudición “a la violeta”— de su geografía y de su historia: esta historia que ha ido dejando testimonios, como retazos de la misma, desde los abrigos y las cuevas que guardan el misterio de sus pinturas rupestres y los mosaicos que denuncian

### Exaltación de la Tierra Baja

la existencia, otrora, de lujosas villas romanas, hasta las magníficas muestras del románico, el gótico y el plateresco que guardan, además de esta maravillosa ciudad de Alcañiz, La Fresneda, Molinos y tantas otras localidades de este Bajo Aragón.

La feliz conjunción de la actividad desarrollada por el Instituto de Estudios Turolenses y el mecenazgo del Excmo. Ayuntamiento de Alcañiz ha permitido que, en años sucesivos, hayan venido los eruditos a traernos nuevos capítulos redactados de nuestra historia que han ido quedando, luego, en las páginas de la revista *Teruel* o en otras de las publicaciones del mencionado Instituto, gracias a la generosidad siempre creciente de la Excelentísima Diputación Provincial de Teruel.

Allí puede verse estudiada, con plena garantía por la autoridad de los que lo hicieron, la *Prehistoria del Bajo Aragón*, completada o adicionada luego por trabajos monográficos, como los de de Purificación Atrián y Vallespí Pérez. Allí puede verse historiada por Caruana, primero, *La tierra Baja Turolense durante la dominación visigoda y Edad Media* y luego, *La Orden Calatrava en Alcañiz*, con referencia a otros muchos lugares de esta Tierra Baja en la que aún se ve —donde los rojos no la han borrado— la cruz de Calatrava en la decoración de algún templo o en la portada de algún palacio.

Allí está estudiado, en su doble aspecto histórico y artístico. por sendas autoridades en una y otra materia, este Castillo de Calatravos, que es como una diadema puesta sobre las sienas de la ciudad de Alcañiz e igualmente su insigne Colegiata. Lamentemos que muchas muestras de arte que un día embellecieron éste y otros de nuestros templos, como también nuestras casas señoriales, no puedan ser estudiadas ya después de haber pasado por aquí la hordas rojas.

En todos los distintos actos o secuencias, para hablar más al día, en que se ha ido desarrollando nuestra Historia, han ido apareciendo personajes de extraordinario relieve y en tal número que hace peligroso hablar de ellos por temor a omisiones. Pero no estaría bien que por el temor a que se nos olvide alguno —o no lo citemos por no estimarlo de tanto relieve—, dejáramos en el silencio a los demás. Sepa, pues, quien halle a alguno en falta que con mucho gusto repararé la omisión.

Es aquí, en Alcañiz y por los siglos xiv al xvi, cuando aparecen los Ram —antes de unir este apellido al de Víu— encabezados por aquel Domingo Ram y Lanaja, cardenal y compromisario en Caspe.

*Miguel Sancho Izquierdo*

Figura señera, ya en el xvi, es la del que dio nombre al Premio instituido por el Excmo. Ayuntamiento de Alcañiz, Bernardino Gómez Miedes, canónigo arcediano de Valencia, primero, y luego obispo de Albaracín; hombre del cual dice Juan Francisco Andrés Ustároz, en su *Agónipe de los cisnes aragoneses celebrados en el Clarín de la Fama* (ya el título indica aproximadamente la fecha, por estar entonces de moda tales títulos; fue impreso primeramente en Amsterdam, en 1781, y luego, reimpresso en Zaragoza):

*El docto Bernardino  
de Miedes, que en el monte Cabalino  
sus razonadas sales  
gozaron alabanzas inmortales;  
a quien, también, la Historia  
ilustre debe gloria  
y de su genio grave la constancia  
suaves flores brota de elegancia...*

Otra figura alcañizana del mismo siglo xvi se menciona, un poco más adelante, en la misma obra:

*No es el menos famoso  
Lorenzo Palmireno  
que ilustró de Alcañiz el sitio ameno,  
cuyo ingenio copioso  
se admira en tanto libro sentencioso.*

Maestro de este Palmireno fue Miguel Esteban, nacido también en Alcañiz.

Otra figura de relieve es Pedro Ruiz de Moros, al que llama Ustároz "la cítara sonora", que "a las Gracias y Musas enamora". Fue profesor en Cracovia y senador de Lituania.

Citemos, asimismo, a Domingo Andrés y a Juan Sobrarias,

*que en poesías varias  
celebró de su patria los trofeos.*

### *Exaltación de la Tierra Baja*

como también a su hija Juana y a su sobrino Juan Sánchez y Sobrarias, comentador de los *Dísticos morales* de su tío.

Dejando ya a Ustároz y a sus cisnes y viniendo a tiempos más modernos, nos encontramos con la figura interesante de Zapater (Pedro Juan Zapater, pues hay otros de igual apellido en la provincia), notario de número y secretario de este Ayuntamiento, cuya Historia de Alcañiz titulada (muy a gusto de la época, también) *Tesorería descubierta y vengada de las injurias del tiempo*, espera en los archivos de la Academia de la Historia a los eruditos, como valiosa fuente de información, ya que su impresión, acordada en 1707 por el Ayuntamiento de Alcañiz y no llevada a efecto por la guerra de Sucesión, no tendría objeto hoy día.

En el siglo XVIII hay que anotar, también, a Miguel de Aguas, arquitecto y autor, como tal, de la Colegiata, y en el tránsito del XVIII al XIX, a Tomás Llobet, escultor, del que había (no sé si todavía las hay) obras notables en dicha Colegiata y autor de la famosa fuente monumental de Neptuno, de Zaragoza, que estuvo en la entonces Plaza de San Francisco (hoy, de España), siendo trasladada, cuando se construyó el actual monumento a los Mártires, a las "Balsas de Ebro viejo" y, más tarde, al Parque.

En el siglo XIX, en cuyos mismos comienzos —enero de 1801— nace, tenemos al P. Fray Nicolás Sancho Moreno, monje y prior del Monasterio de Rueda —precioso ejemplar de arte que yace en el mayor abandono—, hasta la excomunión, autor de muchas obras, en alguna de las cuales, *Memoria de las carreteras y ferrocarriles del Bajo Aragón*, muestra una aguda visión del porvenir.

Surge entonces el periodismo y es un alcañizano, Francisco Mariano Nifo, el que funda y dirige en Madrid el primer periódico diario de España.

En 1884, don Jerónimo Blasco y Olaso, que fue alcalde y diputado provincial, publica *La Voz del Bajo Aragón*, semanario católico, uno de los muchos periódicos que aquí, en Alcañiz, vieron la luz pública; políticos, los más; otros, satíricos o simplemente festivos.

Destacó, también, en este punto, al frente de varios de ellos, con su nombre o con seudónimo, como cuando dirigía *El Enano*, don Eduardo Jesús Taboada, quien nos dejó, en su *Mesa revuelta*, muchas noticias interesantes y formó parte del grupo de "Fomento del Bajo Aragón", del que hablaremos luego. Se distinguió especialmente por sus trabajos en pro del pantano de Santolea y del ferrocarril de Val de Zafán a San Carlos de la Rápita.

En este mismo terreno del periodismo, como director de *Tierra Baja*, junto con el de la política, en el que ejerció diversos cargos, queremos citar a don Manuel Foz.

Finalmente, tenemos la figura de don Vicente Bardavío y Ponz —apellidos bien alcañizanos— nacido en esta ciudad en 1866 y fallecido en Zaragoza, a cuyo Cabildo Catedral pertenecía, en 1929. Llevado de sus aficiones a la prehistoria, realizó diversas excavaciones, cuya labor le llevó a ocupar un puesto en la Real Academia de Nobles y Bellas Artes de San Luis, pronunciando su discurso de ingreso en 1920, sobre *El paleolítico inferior en los montes de Torre-ro: industria, arte, religión de los hombres que allí vivieron*. También en el campo de la historia publicó varios trabajos, entre los que destaca su *Historia de Albalate del Arzobispo*, donde estuvo de párroco, en su larga carrera eclesiástica.

Y aquí viene el momento más difícil de mi conferencia, al tener que apretar en una lista, a lo largo del tiempo, los nombres de los personajes más destacados en las otras localidades del Bajo Aragón, con lo que aumenta el peligro de defraudar a alguno de mis paisanos si me olvido o no me ha parecido que debía recoger el nombre de aquel paisano suyo en el que él está pensando. Quiero repetir que esta lista no es exhaustiva.

Aparece, en el siglo XIII, Pedro Albalate, oriundo de Albalate del Arzobispo y arzobispo de Tarragona; en el XV, don Juan Fernández de Híjar y Centelles, duque de Híjar y celebrado en el mencionado *Agánipe de los cisnes aragoneses* de Ustárroz; en el XVI, don Jerónimo Ardid, de Valdealgorfa, de gran autoridad en materia foral, procurador en las Cortes de Monzón por la Universidad de Alcañiz, así como su hijo, del mismo nombre, doctor en derecho, procurador en Cortes y embajador; don Martín Batista de Lanuza, de Híjar, justicia mayor de Aragón; el duque de Híjar don Juan Francisco Fernández de Híjar y Heredia, celebrado en el *Agánipe de los cisnes aragoneses* como su antecesor, y Juan Zapater, discípulo de Palmireno, de La Fresneda; y en el XVII, Fray Mateo de los Angeles, definidor general de los Carmelitas, nacido en Calanda, y don José Zamora y Clavería, catedrático de Medicina en la Universidad de Zaragoza, de Albalate del Arzobispo.

En el tránsito del siglo XVII al XVIII, está el célebre —aunque no tanto como lo mereciera— maestro y compositor Gaspar Sanz y Celma, de Calanda, presbítero, cuya *Instrucción de música sobre la guitarra española* es pieza fundamental, reconocida y utilizada como tal por compositores de la talla de un Rodrigo que armoniza algunos de sus motivos en su *Fantasia para un gentilhombre*.

### *Exaltación de la Tierra Baja*

Ya en el xviii, tenemos a don Pedro Aguilar, del Consejo Superior de Castilla, natural de Alcorisa; a los Félez, de Alcorisa y de Alcañiz; a los Ejerique, de Valdealgorfa; al P. Faci —Fray Alberto Faci— de La Codoñera, rector y bibliotecario del Colegio de San José, una de las figuras más eminentes del Carmen calzado de Aragón, y a la figura colosal de Fórnoles y de Aragón —como lo denomina mi amigo y paisano don Mariano Burriel— Andrés Piquer y Arrufat, médico de cámara de Fernando VI y protomédico de Carlos III, cuya efigie es una de las cuatro que adornan la entrada a la Facultad de Medicina de Zaragoza y cuya vertiente filosófica ha sido estudiada por Laverde, el aragonés Gómez Izquierdo y el calandino mosén Manuel Mindán.

Entrando, en fin, en el siglo xix, tenemos a Joaquín Adán, periodista y autor dramático, de Calanda; a don Ponciano Alberola, catedrático de la Universidad de Zaragoza, nacido en Torrecilla de Alcañiz; a don Leopoldo Anglés, alcalde de Zaragoza y presidente de aquella Diputación Provincial, de Castelserás; al P. Blas Aínsa de la Virgen del Pilar, de Híjar; al general carlista don Juan Cabañero, jefe de las fuerzas que sorprendieron a Zaragoza el 5 de marzo de 1838, acogido, después, al Convenio de Vergara, de Urrea de Gaén; a los hermanos Andrés y Prudencio Cabañero y Temprado, de Puebla de Híjar el primero, catedrático de nuestra Universidad, y de Híjar el segundo, catedrático del Instituto de Teruel; al “pastor poeta”, Mariano Esparllargas, nacido en Alloza, aunque residiera la mayor parte de vida en Alcañiz; a Braulio Foz, de Fórnoles, catedrático de griego en la Universidad de Zaragoza, autor de un original tratado de *Derecho Natural* y de la más famosa *Vida de Pedro Saputo*; al famoso farmacéutico —titular muchos años de Castelserás— y notable naturalista Francisco Loscos y Bernal, de Samper de Calanda, autor de muchas obras, las más de ellas en colaboración con José Pardo Sastrón, de Torrecilla de Alcañiz, honrados ambos por el Ayuntamiento de Zaragoza, al dar sus nombres a dos calles de la ciudad; a don Julián Pastor y Alvira, paisano mío, de Calanda, y en cierto modo, maestro mío, pues estudié en su libro el Derecho Romano, de cuya disciplina fue catedrático, primero, en Zaragoza y luego, en Madrid; a Juan José Gárate, pintor nacido en Albalate del Arzobispo y pensionado por la Diputación de Teruel, que ha sabido, como pocos, interpretar, con su brillante colorido y su dibujo exacto, los tipos aragoneses, sin caer en falsos baturrismos; a don Vicente Allanegui, celoso recopilador de cuantas noticias hacen referencia a la historia de nuestro pueblo y, en fin, a don Francisco Blesa, nacido en Ariño,



en 1873, y afincado, luego, en Zaragoza, una de las figuras más representativas de la vida comercial de la urbe y a quien se debe, siendo presidente de la Cámara de Comercio, la construcción del Palacio Ferial.

Citemos, para terminar y no ya sólo por el valor de las individualidades que lo formaron, con ser mucho, sino por el conjunto que se nos ofrece como digno de ser imitado, aquel grupo selecto de "Fomento del Bajo Aragón" que publicaba el hoy codiciado *Boletín de Historia y Geografía del Bajo Aragón*. A la cabeza del mismo, aquel patriarca con afanes de precursor, Juan Pío Membrado, autor de *El porvenir de mi pueblo, De cómo y por qué fui al ruralismo* y otros folletos más. Junto a él, Santiago Vidiella, de Calaceite; Lorenzo Pérez Temprado, de Mazaleón; Carlos Esteban, el antes citado Eduardo Jesús Taboada, y algún otro.

Termina la lista, pues no quiero acercarme más a los tiempos en que, por más próximos, es mayor el riesgo antes apuntado. Pero no quisiera que estas palabras mías quedaran sólo en un recuerdo de nuestra geografía, tal como salió moldeada de las manos del Creador, de las piedras doradas por el tiempo de los monumentos que alzaron nuestros antepasados, incluso de los nombres de aquellos que, entre ellos, más lo merecieron. Hablemos, también, del presente y de lo que en este presente, y mirando al porvenir, cabe esperar de nuestras gentes aprovechando el don de Dios; hablemos de nuestras huertas ubérrimas que no desdicen en comparación con lo que pudiera ofrecernos el Levante español; hablemos de esa masa de grises olivares cuyas hojas, brillando como aceros a la luz de un sol de invierno, parecen defender el preciado fruto del que sale el mejor aceite de España, digan lo que quieran algunos reclamos, pues si no fuera así, no se le reconocería en el precio; hablemos de esos pinares que cubren las alturas que forman el marco de esta Tierra Baja pregonando los éxitos de la nueva política forestal... Hablemos de todo ello y de la posición, frente a ello, del actual bajoaragonés.

Y al llegar a este punto, la verdad se me impone, y además, mis sentimientos me traicionarían si quisiera soslayar la cosa, porque necesariamente mi voz ha de velarse al llegar aquí.

Precisamente, cuando estaba pergeñando estas cuartillas, me llegó el último número de esa popular y estupenda revista *Vida Nueva*, en el que, y sobre la base de la ponencia del Secretariado Técnico de Cáritas Nacional, en el curso de una Mesa redonda organizada por el Centro de Estudios Sociales en el Valle de los Caídos, se habla de los movimientos de población en España y de

### *Exaltación de la Tierra Baja*

sus causas. Pues bien, entre las 18 provincias que han perdido población, está Teruel, que ocupa el cuarto lugar si se atiende a la cifra absoluta de la que ha perdido en el decenio 1950-1960 y el segundo si se atiende al tanto por ciento sobre la población que tenía en 1950: un 88 por 100; detrás de Guadalajara, que acusa un 97, y delante de Soria, con un 87.

Y no se crea que esto se refiere sólo a las zonas más pobres de la provincia; saben mis paisanos, los tierrabajinos, que esto se da también aquí; no quiero decir en Alcañiz, que sabe mantenerse bien, pero sí en pueblos muy cercanos y aun en pueblos ricos y con huerta.

No quiero salirme de mi papel resbalando hacia un estudio que no es de este lugar; pero ya que he lanzado, si no la acusación, sí el lamento, quiero añadir algo que sirva de explicación e incluso de atenuante.

Alguna de las causas de esta emigración, según se exponen en la referida ponencia —tal el nivel de renta y vida en las zonas de emigración y el ritmo de aumento de la población, superior al de puestos de trabajo— no explicarían la huída de las gentes de alguno de los pueblos que conozco; otras, sí. Pero yo creo que habría que ir más lejos. Yo iría hasta aquellos días tristes en los que este Bajo Aragón sufrió la invasión de las hordas rojas. Bien enseñadas por sus jefes, supieron cortar en cada pueblo las cabezas que podían ser directoras, y es bien sabido que toda colectividad necesita, si no ha de caer en el marasmo o en la anarquía, una cabeza que dirija. Es difícil que hoy muchas gentes para las que nuestra guerra de Liberación no pasa de ser un capítulo más, el último, de nuestra Historia, puedan valorar lo que ella significó. Que si en un campo arrasado los árboles tardan más o menos en crecer y en dar fruto, las personas son más difíciles de sustituir que los árboles y el pueblo que ha perdido sus cabezas directoras —y a veces se hacía desaparecer a toda una familia— tiene que tardar mucho en recobrase. Entre tanto, otros que pudieron ser los sustitutos de los que habían desaparecido, ante la vida inhóspita y dura en aquellos tiempos y en aquellos pueblos arrasados, se fueron a la a la ciudad. Hay que ser humanos y comprenderlo. Pero comprender, también, que ello marcaba a los demás un camino.

Repito que no hablo para Alcañiz que, tan dignamente, ha sabido seguir ocupando su puesto de cabeza rectora del Bajo Aragón, sino para los pueblos.

Hay otra causa citada en la ponencia que ella sí que es aplicable aquí, mereciendo, por tanto, especial consideración; máxime,

que ella puede traer como por la mano a alguna de las otras. Es la baja productividad, debida en algunas provincias a los latifundios y en otras, como la nuestra, a los minifundios y a la dispersión de la propiedad —reacios como son nuestros pueblos a la concentración parcelaria—, junto con la falta, no ya sólo de “mecanización”, que es la que allí se nombra, sino, aún más, de “industrialización” de la agricultura.

Porque no hay que confundir ambos términos. Mecanizando simplemente las labores, es decir, labrando con tractor en lugar de yunta; utilizando la segadora y la trilladora en lugar de la dalla y el trillo; pero siendo los mismos los cultivos que, muchas veces por rutina, se hacen las mismas o poco más las labores, la misma calidad y falta de homogeneidad de los productos, no hemos hecho nada, o —si queréis— casi nada. Es más; yo temo una “mecanización” no reflexiva a la que pueda lanzarse alegremente, por su cuenta, un labrador, ya que a nuestro individualismo típicamente aragonés le viene un poco cuesta arriba la que es única solución para esto: la cooperativa.

Lo otro, la “industrialización”, supone un poco más. Supone completar y, a ser posible, cerrar los ciclos. No limitarnos a producir primeras materias, y aun de éstas, aquellas que, con mirada corta, por egoísta, nos parecen más convenientes a nuestro interés particular, sino sentirnos piezas de un engranaje más completo que, por ello mismo, a la larga, ha de rendirnos más; pidiendo, sí, al Estado especial protección a la agricultura, pero sabiendo los agricultores, en justa correspondencia, pensar en el Estado, pensar en el bien común.

Yo sé bien cómo este Bajo Aragón y Alcañiz a su cabeza ha ido siempre por delante en lo que se refiere a la fabricación del aceite y esta conservera que se levanta a las puertas de esta ciudad —una de las mejores, si no la mejor, conservera de España, en frase de quien conoce bien lo que hay en España y en el extranjero— muestra la decisión de industrializar otra de las ramas de nuestra producción agrícola.

Pero no hay que pensar en que se ha hecho bastante; es preciso, no sólo no pararse, sino apretar más el paso. Porque cuando se habla del debido reparto de la población obrera entre la agricultura, la industria y los servicios, es pensando en una agricultura perfectamente industrializada. Mientras no se llegue a ello, la huida de brazos del campo, atraídas nuestras gentes, a veces, por espejismos engañosos, hará que en algunas de sus co-

### *Exaltación de la Tierra Baja*

marcas este don que Dios dispensó generosamente a nuestra Tierra Baja no sea suficientemente aprovechado.

Dejemos, en fin, estas consideraciones en orden material que me he creído en la obligación de hacer, precisamente por mi amor a mi tierra, ya que estimular es, también, exaltar o, por lo menos, hacer posible, en todo momento, esa exaltación, y vengamos, alzando el vuelo, a lo que si ha quedado para el final, no ha sido por considerarlo como de menor importancia, sino al contrario, por ser éste el punto en que culminan, para mí, las glorias de este Bajo Aragón: tal es su religiosidad y dentro de ella su secular devoción a la Santísima Virgen en sus múltiples advocaciones.

Quien ha visto los cultos de la Semana Santa en este Bajo Aragón, en el que no es todo ruido de tambores (advirtiendo que, también, en ello hay una cierta religiosidad); quien ha visto, por ejemplo, aquí en Alcañiz, la procesión del silencio o de la Soledad; quien ha visto las concentraciones y las romerías en alguna de nuestras ermitas, cuya devoción se extiende a toda una comarca; quien ha vivido en alguno de nuestros pequeños pueblos la fiesta de la Virgen del Rosario, enraizada, en alguno de ellos, a las familias que, en número de quince, recuerdan los quince Misterios, habrá quedado impresionado por la fe y la devoción de nuestras gentes.

Testigos de esta devoción eran las cruces de término y los "peirones" que se alzaban jalonando los caminos o a la entrada de los pueblos y fueron vandálicamente destrozados por la saña roja. Lo mismo los "calvarios" que ponen una nota en el paisaje de muchos pueblos como Alloza, Híjar, Calanda, Samper de Calanda y Torrevelilla.

En cuanto a la devoción a la Virgen, como esa ermita que guarda la imagen venerada de Nuestra Señora de los Pueyos, a la que va ligada alguna etapa de mi vida espiritual, se alzan multitud de templos o capillas, pequeñas o grandes, dedicadas a la Señora, por toda la geografía de la Tierra Baja. Algunas de ellas domina, por decirlo así, una comarca entera y a ella acuden los pueblos de la misma en los días floridos de mayo, o en rogativas de penitencia cuando la desgracia los acosa, pues son como el hogar y la casa paterna para todas aquellas gentes.

No lejos de aquí, como una paloma que se posó en las alturas que dominan la villa de Híjar, está la ermita de Nuestra Señora del Carmen. Más allá, en Albalate, la Virgen de Arcos, a la que compara la copla, por lo morena, con la del Pilar de Zaragoza:

Miguel Sancho Izquierdo

*Morena es la Virgen de Arcos,  
morena la del Pilar...*

ganando a ambas, en morena y bonita, la del convento del Olivar, cerca de Esteruel:

*...más morena y más bonita  
la Virgen del Olivar.*

Un poco más allá de Albalate está Oliete, con la Virgen del Cantal, y muy cerca de aquí, La Codoñera, con su ermita de Nuestra Señora de Loreto.

Esto es sólo un muestrario y aun adelanto de un trabajo que tengo en el telar, sin que sepa cuándo estará tejido. Pero este muestrario quedaría incompleto si no citara como ejemplo de esas ermitas que decía antes que dominan una comarca entera, a una situada ya en las márgenes de la Tierra Baja: la de la Virgen de la Aliaga, en Cortes de Aragón, y a cuya Comunidad pertenecen diez pueblos: Anadón, Blesa, Cortes de Aragón, Huesa del Común, Josa, La Hoz de la Vieja, Maicas, Muniesa, Plou y Segura de Baños.

Entre todos esos templos o ermitas, hay uno que, aparte tocarme a mí muy de cerca, tiene un excepcional relieve. Me refiero al templo alzado en Calanda sobre el lugar mismo en que la Virgen Santísima, devota y reiteradamente invocada por Miguel Juan Pelliçer en su advocación del Pilar, le restituyó milagrosamente la pierna que en el Hospital de Nuestra Señora de Gracia le había sido cortada.

Precisamente, el origen de esa devoción de Miguel Juan Pelliçer a la Virgen Santísima del Pilar arranca de la imagen que ostentaba uno de esos "peirones" a los que antes me he referido, alzado a la entrada del pueblo, en el Portal de Valencia. Por otra parte, la devoción a la Virgen del Pilar era general, ya en aquella época, en toda la Tierra Baja. Taboada nos habla, en su *Mesa revuelta*, de la capilla de Nuestra Señora del Pilar alzada aquí, en Alcañiz, al pie de la calle Mayor, a la entrada del puente, y de la tradición referente a la misma.

Pues bien, ante aquel "peirón" llevaría más de una vez su madre al pequeño Miguel para que rezara ante aquella imagen

### *Exaltación de la Tierra Baja*

que recordaba la que en Zaragoza se alza sobre el Pilar sagrado; sólo así se explica esa ilusión del mozo en ser llevado al Hospital de Zaragoza; aquella fe con que se ungió, aun contra la opinión del cirujano Estanga, con el aceite de la lámpara; aquella confianza, en fin, que nunca le abandonó, en su Madre del cielo; esa Madre que tan generosamente le recompensó luego.

Con esto hemos llegado al final. No sé si esta exaltación de nuestra Tierra Baja le habrá parecido a algún tierrabajino, precisamente por amor a ella, falta de calor o de fuego. Yo le aseguro que no habrá sido porque ese fuego no ardiera en mi corazón como en el que más. Habrá sido, sencillamente, porque yo no lo he sabido hacer mejor.